

Un recuerdo de Hvorostovsky

por Carlos Fuentes y Espinosa

A finales de 1993, el muchacho aquel, como era su costumbre, entraba en la tienda de discos de la viva calle de la antigua colonia Americana, ahora Juárez, en la capital mexicana. Se dirigía al apartado de “Clásicos” a revisar las novedades (las antigüedades, también). Esa vez encontró el ambiente inundado por intensos sonidos. Una voz de terciopelo, elegante, cálida, hermosa resonaba. En una repisa descansaba el disco que se escuchaba, en cuya portada podía verse a un individuo joven, de cabello cenizo, mirada penetrante y facciones nororientales, recargado en el asiento de una silla.

¿Sería que la voz pertenecía al varón de la imagen? No le pareció así. Examinó el disco. Leyó: “Arias de Chaikovski y Verdi: Dmitri Hvorostovsky”. El nombre éste, difícil de pronunciar, más de recordar. A su pregunta de quién era este cantante, el encargado de la sección (un ingeniero que gustaba de firmar como la persona que había dado a voz en cuello el primer bravo a Maria Callas en un legendario concierto mexicano), le explicó que era un barítono siberiano, una llamativa figura de fama creciente. Recordó alguna mención en televisión de su triunfo en algún concurso de canto internacional. El joven compró el disco con ansias y lo degustó con atención. Sin duda se trataba de un notable cantante, un verdadero sucesor de las grandes glorias baritonales del siglo.

En agosto del año 97 se anunciaba la presencia de Dmitri Hvorostovsky (se pronuncia *Jvarastófsqui*) en México. Nuestro muchacho, ya en la universidad, cursando la licenciatura en física, sintió un gusto genuino. Era una época a la que se aludía con orgullo como el resurgimiento de Bellas Artes, pues los grandes astros célicos lo visitaban de nuevo.

Miércoles 27 de agosto, 20:30 horas. El estudiante cruzaba el dintel del Palacio de las Bellas Artes. Dentro, ocupó su asiento apresuradamente. Reinaba una rara sensación en el recinto. La interpretó como una gran expectativa ante el recital de la estrella de la ópera.

El programa se inició con el Onegin de Chaikovski a cargo de la orquesta Camerata, dirigida por Kamal Khan. Enseguida se abrió la distintiva puerta metálica y se vio salir a un sujeto de anchas espaldas, argénteo cabellera, rostro hermético, donoso vestido y contundente caminar. Se arreglaba el cuello de la camisa repetidamente. Recibió un cordial aplauso de la audiencia. Cantó con su timbradísima, natural y rica voz las dos primeras arias en ruso. El público lo saludó muy cortés. Pero aunque soterrado, era evidente un cierto desconcierto entre la gente.

En efecto — si bien se sabe que el público mexicano, si no es el más efusivo, está entre los primeros del mundo y siente un sincero placer al aplaudir —, en esta ocasión se sentía algo extrañado, asombrado. Quizá no sabía cómo reaccionar, quizá no estaba acostumbrado ya a una preparación tan depurada en un intérprete operístico. Posiblemente se había familiarizado con voces guturales, apretadas o falsas. Sin embargo, la maestría de Dmitri en su canto viril, expresivo y magistral inundaba el espacio. La sensibilidad de toda la audiencia afloró en su mayor potencia, imponiéndose a cualquier dogma o costumbre, y comenzó la locura de esa noche. Otra intervención de la orquesta parecía un intento de retardar lo inevitable, el devenir de una velada musical en un despliegue de idolatría pura. En tanto, el escenario se regodeaba con las cálidas sensaciones que esa garganta producía.

En el intermedio, las pláticas eran reveladoras:

— ¡Qué voz tan maravillosa, tan preciosa! No conozco mucho ese repertorio, pero me puso la piel “china” — decía una dama de edad.



Dmitri Hvorostovsky en Bellas Artes

— Hacía muchos años que no escuchaba un barítono de esa calidad, comentaba un hombre detrás de un gran bigote blanco.

— Lo escuché el año pasado en el Metropolitán, pero esta noche se está luciendo — agregaba un caballero de fino atuendo.

— Es un maestro — le respondía el interlocutor con notoria emoción.

— Y lo que sigue es más prometedor.

La segunda parte del concierto tuvo un preámbulo orquestal de Verdi, compositor especialmente caro en nuestra nación, a quien interpretaría el barítono con una solvencia espléndida. Los gritos de hombres y mujeres, muchos de pie, competían con los aplausos atronadores, llegando a interrumpir el final de las arias. Ramos florales trazaban arcos vistosos. El final fue la sentida y memorizada aria del bufón jorobado, ‘Cortigiani’. Olas danzarinas de vítores refulgían en el querido teatro.

Los primeros compases del rossiniano canto a la vitalidad, la cavatina de Figaro, tomaron desprevenido al público, que intentó mostrar su alborozo torpemente con unas palmas ante el regalo. Nuestro estudiante se emocionó especialmente. Hvorostovsky lo brindó señorial, incluso el impronunciable final vertiginoso. Cerró con ‘Ojos negros’, que tanto placía al cantante y no menos a los escuchas. ¡Cuántas veces debió regresar al escenario a agradecer el inagotable aplauso! El público, podría decirse, estaba fuera de sí, amándolo.

Un famoso periódico inglés había descrito la visita del barítono a su país con una paráfrasis elocuente: “Vino, cantó y conquistó”. Por lo visto, en esa noche en México, era su subyugante *modus operandi*.

En los camerinos, una fila larga aguardaba conocerlo, saludarlo... tocarlo. Hvorostovsky, en amplio saco blanco, constató con aparente alegría los efectos de su canto hipnótico (se comprobó después que no siempre estaba de humor).

Retornaría al país cinco veces más, solo o acompañado, con resultados semejantes, aunque la primera impresión quedase siempre en manuscritas letras doradas.

Veinte años más tarde, Dmitri Hvorostovsky se ha transmutado de leyenda viva en leyenda eterna. Podría aseverarse que ha sido prematuramente. En realidad, siempre es temprano para la partida de un ser humano, aunque en los casos de quienes embellecieron el mundo con su arte, un legado perpetuo, se manifiesta una condición atemporal, un umbral indefinido entre realidades ubicuas que tejen nuestras vidas, donde permanecerán con nosotros, en lo más profundo de nuestro espíritu, de nuestro ser, siempre. ●